



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

CARTA PASTORAL EN EL DÍA DEL CORPUS CHRISTI Junio de 2007

Queridos diocesanos:

El Aleluya pascual nos invita a proclamar la resurrección del Señor. “Sabemos que Cristo una vez resucitado, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él”, y en la Eucaristía nos deja la plena manifestación del don de su amor inmenso y nos confía su misión. “Grande es la miseria del hombre, si es dejado a si solo; pero inmensa es la fortuna, si se abandona a la realidad de esta salvación”.

La participación en la Santa Misa

Nuestra mirada ha de estar puesta en Cristo. “La santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de si mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre”¹. La Santa Misa se convierte ahora en un verdadero encuentro de amor con Aquel que se nos ha dado enteramente, y en una estela de luz para nuestro peregrinar: *Jesús es la luz del mundo*, esa luz que se manifestó en la Transfiguración y en la Resurrección. También la Encarnación del Hijo de Dios se hace fecunda y vivificadora para cada hombre al participar en la Eucaristía, suprema revelación de Dios.

Frecuentemente comentamos que en la Misa nos aburrimos y que no se vive con alegría la celebración. Tal vez los ritmos de nuestra vida, la indiferencia religiosa, la falta de religiosidad o los valores propiciados por la sociedad no facilitan esta participación. Nos encontramos en una cultura de la emoción donde la calidad de una actividad se mide por lo que hace sentir cuando los corazones vibran al unísono y se hace comunicativo el entusiasmo del grupo. Pero la Eucaristía es mucho más que un compartir emotivo; une las opciones y los riesgos, las alegrías y las tensiones de la existencia con la decisión de Jesús de dar su vida.

Por otra parte tenemos que cambiar de registro si queremos interpretar bien la sinfonía de la vida, pasando de la autosuficiencia a la gratitud: Un contexto social marcado por la rentabilidad y la autosuficiencia nos lleva a considerarnos centro y término de nuestra existencia, En este contexto es muy difícil descubrir que todo viene de Dios y que todo debe volver a él. En la Eucaristía se percibe la dimensión de la gratuidad que supone un desposeimiento continuo para proclamar la atención amorosa de Dios respecto del hombre. Se trata de reconocer la presencia del Resucitado en el pan y vino eucarísticos: “son nada menos que el cuerpo y la sangre de Cristo, de acuerdo con la afirmación categórica del Señor y aunque los sentidos te sugieran lo contrario, la fe te certifica la verdadera realidad”².

Una tercera dificultad son los ritmos de nuestra vida: la relación con el tiempo ya no está marcada con tanta regularidad como en épocas pasadas. Queremos ganar tiempo

¹ BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum Caritatis*, 1.

² *De las catequesis de Jerusalén*.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

al tiempo en medio de lo fragmentario y puntual. Hacer memoria de Jesús resucitado es mirar hacia aquel que es el Señor del tiempo y que es centro de la historia humana. La presencia del Señor es un don que hemos de acoger con sosiego.

Exigencias de la celebración de la Eucaristía

“A nadie es lícito participar en la Eucaristía, dice san Justino, si no vive como Cristo nos enseñó”. En esta perspectiva los cristianos hemos de participar en la Eucaristía como un momento intenso de fiesta y de comunión, vislumbrando la tierra prometida: los cielos nuevos y la tierra nueva. La Eucaristía es la fiesta de la fraternidad que se convierte en crítica radical al poder del grande sobre el pequeño; es banquete de vida para revitalizar las fuerzas y liberarnos de los circuitos de intereses propagandísticos de la sociedad; suscita el deseo de Dios y exige el amor por los más desfavorecidos, cuidando con esmero las relaciones humanas. “La verdadera raíz de la presencia y de las intervenciones de la Iglesia y de los cristianos en la sociedad es el amor, la estima y la defensa de la vida, el deseo sincero y eficaz de hacer el bien. El verdadero amor no es flor de este mundo. Es Dios quien nos amó primero, quien nos enseña lo que es amar y con el don de su Espíritu nos hace capaces de amar como somos amados por El... A la luz del amor tratamos los cristianos de comprender la verdad profunda de las personas, de la familia, de la vida social en toda su complejidad y en toda su amplitud”³.

Hoy, día del amor fraterno, se nos recuerda que “no seríamos discípulos de Jesús, ni la Iglesia podría presentarse como su Iglesia, si no reconociéramos en el ejercicio y en el servicio de la caridad la norma suprema de nuestra vida. El amor al prójimo, enraizado en el amor de Dios, es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para las instituciones eclesiales, para cada Iglesia particular, y para la Iglesia universal... El amor, vivido y practicado con generosidad y eficacia, es lo único que puede hacernos testigos de la verdad y de la bondad de Dios en nuestro mundo. Si vivimos alimentados del amor que Dios nos tiene, seremos también capaces de amar y servir a nuestros hermanos necesitados con alegría y sencillez”⁴. El amor tiene que ser la realidad que dinamice toda la vida de los cristianos que “viviendo santamente en medio del mundo, tenemos que ser testimonio vivo de que el amor verdadero, respetuoso y fiel, gratuito, universal, efectivo, es posible en la vida de los hombres. Es posible en el matrimonio y en la familia, es posible en el trabajo y en el ejercicio de la profesión, es posible en las relaciones sociales y políticas. Lo que es contrario al amor verdadero, manifestado en Cristo, y sostenido por la fuerza de su Espíritu, es también contrario al bien del hombre. Las estructuras de pecado, que lastran la vida política, social y económica de los pueblos y de la comunidad internacional, hunden sus raíces en la ausencia del amor entre las personas”⁵.

Sólo Dios puede acoger la entrega plena de una persona. Esta convicción nos lleva a amar la vida porque sabemos para quien vivimos. Cuando nos apartamos de Dios los

³ CEE, *Orientaciones morales ante la situación actual de España. Instrucción pastoral*, 23 de noviembre de 2006, 77.

⁴ *Ibid.*, 78.

⁵ *Ibid.*, 79.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

ídolos nos esclavizan. Participar en la adoración eucarística y poner a Jesús Eucaristía en el centro de la vida personal y comunitaria significa depositar en él las esperanzas que alimentamos para una siembra del Evangelio cada vez más eficaz y valiente, y esto produce frutos maravillosos e insospechados en la Iglesia que quiere acompañar al hombre de nuestros días, hambriento de verdad y de libertad y que sale a su encuentro en las cuestiones existenciales más escondidas, incluso no claramente expresadas.

Os saluda con todo afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela